AÑO IV — BUENOS AIRES, 7 DE DICIEMBRE DE 1925 — No 202

BIBLIOTECA "E. V." A. I. C.

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración: PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

GUERRA, HAMBRE Y BESTIEZA

Son las tres calamidades milenarias que la estatolatría ha fomentado siempre en lo que ha podido. Pero en los últimos tiempos ha hecho de ellas una gran industria, organizada científicamente. La fuerza de axioma de este postulado, ya no se discute por la gente sensata. Tácita o abiertamente todos los hombres la reconocen, aun perteneciendo a los más opuestos y diferentes partidos y facciones.. En el período postbélico se añadió a esa industria patentada y padecida casi como un mal necesario, la industria de las dictaduras. Ahora ha llegado a su estado más floreciente. Todos los desmanes que ésta cometa poseen visos legales, y lo más grave del caso es que ya ni asombra ni horroriza a nadie. Si se afirma que el hombre, entre otras animalidades, también es un animal de costumbres, hay que confesar que a las muchedumbres les es inherente este atributo centuplicado. Olvidan fácilmente, y pronto se acomodan y toman afición a cualquier cosa, aceptando buenamente las peores circunstancias.

En Inglaterra, país esencialmente individualista, es decir celoso guardador de las libertades individuales, han surgido los *facios*, para acorralar, según ellos, la fiera comunista; en Francia pasa cosa parecida con el hervor subitáneo de las derechas y de las huestes conservadoras; en Turquía, algo de eso también ha de transcurrir, ya que ahorcar a una persona, quien abogó en favor del fez y escribió un panfleto contra el uso del sombrero, recuerda un poco la condenación de Miguel Servet a morir en la hoguera por haber puesto una coma fuera de lugar De España, de Italia, y de otros países de la América latina no vale la pena de afirmar que las dictaduras siguen siendo las señoras de horca y cuchillo.

En Italia, por haber sido la que dió el ejemplo en este sentido, por ser la primera y la más antigua del viejo continente en implantar la peste fascista, los fenómenos liberticidas se producen con la velocidad del rayo y del trueno. Cuando suena éste, ya alguna sombra de libertad cayó fulminada. Se repite hace tiempo que más allá de lo que fué el fascismo italiano en su impudicia, en su insolencia feroz y en su cinismo para cometer los peores delitos y crímenes, no podía ir sin correr el riesgo de morir estrangulado en sus propias redes; y sin embargo, cada día nos sorprende con un hecho que sobrepasa en asco y repugnancia al precedente. Pongamos por caso algunos acontecimientos recientes. El primero, la confiscación de los bienes a quien en el extranjero se suponga o se acuse de decir la verdad o denigrar al régimen fascista; la exoneración del profesor Salvimini por haber publicado una carta renuncia en un diario de Londres, que según la acusación fiscal "vertía conceptos infundados e injuriosos para el gobierno nacional; y el tercer suceso, ya previsto por todo el mundo, es la sentencia dictada acerca el asesinato Matteotti. La casi absolución de quienes tomaron parte en la muerte del diputado socialista, da lugar a que se llegue a conclusiones divertidas. Por lo pronto, se declara culpables a Dumini, Volpi, Viola, Poveromo y Malacría; pero se agrega que *siendo todos ellos muy jóvenes, interpretaron mal los principios extremistas de la política, y concibieron el plan de secuestro del diputado socialista, cuya ejecución terminó desgraciadamente con un homicidio.* De esto a la absolución completa no hay más que un pequeño paso o lapso de tiempo que transcurrirá con toda brevedad para la liberación de los acusados.

Hay más, la sentencia niega "que la acción de los fascistas haya producido en los cinco homicidas el estado psicológico que determinó el crimen". También se desmiente la versión de la existencia de una *Cheka*. Esto era lo de menos. Lo demás es que a poco andar, el asesinato de Matteotti sólo habrá existido en la imaginación de los enemigos personales de Mussolini y acólitos, y los acusados fueron víctimas de una alucinación, ya que eran incapaces de dar muerte a un hombre, debido a su cándida juventud.

No sabemos si esta burda patraña habrá de engañar a nadie. Pero el gobierno fascista poco se preocupa de que se le crea o no. Lo importante es la protección de sus cómplices. Además, una condena demasiado pesada hubiese podido ser fatal para el partido. Los instrumentos podían cantar. Es por eso que se produjo la benignidad de la sentencia, y también para desafiar y darle una bofetada a la opinión sana del país a fin de que se vaya morigerando y guardando silencio.

Llegará día en que la efigie del calamitoso dictador sea colocada en las plazas, en las calles, en los lugares públicos, como lo hacían los antiguos tiranos, y se obligue a los peatones a quitarse el sombrero ante ella y a que la reverencien con una respetable curva dorsal. La idolatría facciosa hizo ya en espíritu lo que materialmente hará después. Así se conocerá quienes son adictos a la religión fascista, religión *cainita* — o sea descendientes de Caín —, o algo peor, por la cual todo es permitido, menos ser honesto, digno y negarse al crimen y a la extorsión.

Se entabló la lucha a muerte. Ya no hay cuartel ni consideraciones sentimentales. Las palabras están demás. A la violencia reaccionaria hay que oponer la violencia de los hombres que se baten a fin de que el hocico y la garra no sean los solos dominadores de este mísero mundo. ¿Cómo? Proclamemos también nosotros que todas, absolutamente todas las armas son buenas. Hay que concluir con el reinado de estos tres monstruos: guerra, hambre y bestieza. Comprendamos que la tarea es larga y árdua y pensemos que no somos nosotros quienes presenciaremos su desaparición, y este desinterés nuestro nos hará andar la mitad del camino que habremos de recorrer.

EL MITO DE LA PAZ MUNDIAL

La ceremonia de la firma del Pacto de Locarno, realizada hace algunos días en Londres, es considerada por el común de la gente como la inauguración de una nueva era para la humanidad. Se ha dicho y se ha repetido hasta el cansancio que la paz de Europa significa la paz y la concordia del mundo. No es la primera vez que las principales naciones del viejo continente circunscriben la periferia mundial a las fronteras de los propios países. Más explícito, existe un estado de ánimo, muy difundido entre las clases directoras europeas, que les hace creerse a ellas mismas como centro y eje de la civilización universal. Este *provincianismo* internacional les ha inoculado esa incurable miopía histórica que les impide otear a lo lejos el verdadero y nuevo mundo que está surgiendo de su milenaria decrepitud para cercarlos y ahogarlos en un abrazo mortal. Los grandes dominadores, en su torpe orgullo

EL OBLIGADO TEATRO EUROPEO

(El fascista redentor)

—Atención, señores: ¡Atención! aquí está el nuevo trágico fantoche. El muñeco francés les divertirá. ¡Pasen a reir! ¡Pasen a llorar!

(Expectador).—Estos farsantes de feria no hacen nada más que sacarnos dinero. Nos desvalijan desvergonzadamente, y luego nos echarán la culpa a nosotros mismos.

fingen ignorar a los pueblos tributarios que ellos explotan, masacran e inficionan con los humúmeros tóxicos proporcionados por la moderna alquimia. Pero entretanto una férrea ley de perentoria necesidad une, en aparente haz, a vencedores y vencidos. Es una alianza estipulada por el imperialismo decadente que se siente carcomido en sus bases. La supuesta profecía, resultado y síntesis de deducciones históricas, que lanzara Romain Rolland y Ferrero al pronosticar que las naciones chicas están en camino de devorar a las naciones poderosas y grandes, se está verificando lenta y seguramente. También la antigua y corrupta Roma fué devastada por sus colonias bárbaras.

Las naciones, las civilizaciones y los pueblos, así como los individuos, se hallan regidas por las mismas reglas de tiempo y crecimiento que suponen la infancia, la juventud, la virilidad, la vejez y la muerte. Es natural que los que se sitúan a la cabeza del mundo y han acaparado la mayor cantidad de poderío material estén muy seguros de no haber envejecido, ni piensen que un día les toque afrontar la disolución aniquiladora como entidad hegemónica. ¿Nos tiene mucha cuenta este oficio de arúspices de internacionalismo diplomático? No por cierto; lo que pasa en las esferas gubernamentales tiene una muy leve repercusión en el seno de la humanidad.

Es una mera constatación de hechos y resultados, que mientras con pomposa solemnidad los estadistas de los gobiernos poseedores de un número mayor de esclavos fuera y dentro de las respectivas patrias, ponían la firma sobre esta *tira de papel* que han sido siempre los tratados, los drusos tienen en jaque a las tropas metropolitanas; los marroquíes renuevan sus ataques contra las posiciones francesas y en Pekín y en otras localidades la policía internacional repele con el fuego de las ametralladoras una muchedumbre desbordante de odio hacia sus opresores. La paz de los diplomáticos reina soberana en el mundo.

Y así el mito de la paz mundial se estampa otra vez en el papel, y no en los corazones. Pero ¿cuál paz, la de los verdugos, la de los víctimarios, o la de los pueblos que yacen aplastados por impuestos extorsionantes y maniatados a la esclavitud militar y la del taller? Para aquellos, esos ceremoniales representan el triunfo personal de la sagacidad de su política, con el aprovechamiento de las corporaciones financieras y de banqueros inquebrables, pescadores en río revuelto a las cuales también pertenecen estos estadistas y etcétera. Luego, la consecuencia lógica de estas victorias serán los banquetes y saraos. En cambio los pueblos se reducen a pagar muy cara esa paz mítica. Ello hasta la próxima vez que se vuelva a celebrar otra conferencia y se invoque otra vez la plácida paloma, rutinario símbolo de sentimientos pacíficos.

Desde la estipulación del armisticio, el timo de la paz mundial o europea se viene urdiendo por los correspondientes timadores internacionales, sin que se pueda saber hasta ahora cuál de estos cientos y cientos de *paces* es la auténtica y de puros quilates. De poseer memoria histórica, los pueblos no se embobarían tan prestamente al solo anuncio del prestidigitador, quien se apronta para sacar de entre los faldones de su levita la simbólica ave para escamotearla después ante las narices del auditorio.

No hay mucha diferencia entre quien tima con falsas promesas y pretensiones a una sola persona, y el que tima a millones de personas. Siempre se sirve del trampolín de la buena fe de la candidez de los demás, usando malas artes para satisfacer su desmesurada codicia.

La moral del vulgo no lo entiende así. Cuando la fementida justicia, o sea la ley de la venganza, ultima con la guillotina a quien mató con una lama de pocos centímetros, la venera y la respeta. Aprehende la cantidad, la materialidad de las cosas y se le escapa el fluido sutil de ellas. De otro modo haría tiempo que se hubiese emancipado de la infamante tutela que Estado y sacerdotes ejercen sobre su mentalidad.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

Para la historia de la anarquía

El último libro de Nettlau, *Der Vorfrühling der Anarchie*, que ha encontrado en nuestro ambiente una acogida tan unánimemente simpática, debiera constituir para los camaradas interesados en la historia del anarquismo, un estímulo a investigaciones independientes que no sólo completarían la labor de Nettlau, sino que harían resaltar más palpablemente la base espontánea y natural de nuestras ideas, abrigadas en una forma o en otra, directa o indirectamente, en la teoría o en la práctica, por individuos y grupos de todos los tiempos, hasta que finalmente hallaron en el proletariado el verdadero instrumento de su realización. A nosotros nos toca contribuir a fortalecer y a afinar ese instrumento para que la humanidad llegue un día a saborear los frutos de la libertad. Pero nada perdemos echando una ojeada al pensamiento de los que nos precedieron o a las corrientes marginales que llegan a nuestras mismas conclusiones: la negación del Estado y el derecho al libre desenvolvimiento del individuo.

La historia del anarquismo podría abarcar dos aspectos: el anarquismo como idea (el aspecto que Nettlau desarrolla en su libro) y el anarquismo como expresión de la vida social. Para examinar este último aspecto habría que escribir la historia de la humanidad; aun en los presentes tiempos de fascismo y de bolchevismo internacionales, el antiestatismo se manifiesta en mil formas inconscientes y la regulación de las relaciones sociales tiene lugar mucho más al margen de la ley que de acuerdo a ella. Es cierto que el Estado ha sabido canalizar o dominar ciertos actos de nuestra existencia y de ese modo nos une a su marcha triunfal en los servicios que de nosotros exije y en las cargas que nos impone para su sostenimiento, pero también es verdad que en el fondo de toda la vida social no ha muerto la resistencia al Estado y a la autoridad: la prueba la tenemos en la multiplicación contemporánea de los aparatos represivos y en la exacerbación misma de la ideología estatista de los defensores del orden actual.

Volvamos a Nettlau:

> Hemos hojeado una buena parte de la rica literatura social española de los siglos pasados; hemos hurgado en millares de viejos libros y escritos y revisado bibliotecas enteras en busca de algo que no encontrábamos, porque ese algo a que tendíamos instintivamente era una realidad viviente y no un infolio apolillado y olvidado. Entonces no sabíamos de la existencia de un movimiento anarquista; vivíamos mentalmente en períodos históricos remotos. Pero cuando entramos en contacto con el anarquismo moderno, con sus ideas y su vitalidad, hemos advertido que esas ideas no tenían nada de nuevo para nosotros, que habíamos tropezado con ellas en nuestras excursiones históricas. Ahora lamentamos no haber tomado nota exacta de la tendencia antiestatista que hemos encontrado en la literatura clásica española.
>
> Hemos recordado eso al leer el libro de Nettlau, donde, según nuestra opinión, falta un capítulo al respecto.
>
> Pero ya que nuestra memoria no conserva datos exactos de la nota libertaria que nos ha llamado la atención y nos ha regocijado cuando leíamos vorazmente la literatura social española, que Joaquín Costa ha sabido en gran parte aprovechar, valgámonos del hermoso volumen de Pedro Dorado, *Valor social de las leyes y autoridades* (nueva edición, 1923, editorial Calpe), donde el famoso penalista discute este problema: "Si las leyes y las autoridades merecen ser consideradas como instrumentos de bienestar y de progreso, o, por el contrario, como trabas para los mismos".
>
> Dorado advierte que el problema no es nuevo. "En los teólogos y jurisconsultos antiguos, singularmente en los españoles de los siglos XVI y siguientes, se encuentra a menudo esa protesta (contra las violencias e imposiciones del poder), bajo la forma de doctrina filosófica. Mucho más que del *obedite praepositis vestris, sed etiam discolis* eran partidarios del *oportet obedire Deo Magis quam hominibus*, que glosaban frecuentemente en el sentido de que se debe anteponer la observancia de la ley natural, que es una ley divina, conocida por medio de nuestra razón, a la observancia de la ley humana. Con lo que, sin quererlo, se ponía en tela de juicio el valor de ésta, apreciado, naturalmente, por la conciencia del mismo que estaba sujeto a ella y obligado a respetarla" (pág. 7-8).

Joaquín Costa escribía una vez a Dorado: "Mi impresión es que hay materia para toda una *Historia de las ideas sobre la acracia en España*". Y esa no es una vana afirmación, pues Costa mismo ha hecho resaltar en algunos de sus libros el carácter acrático de muchas afirmaciones de viejos pensadores y escritores españoles, como por ejemplo en *La ignorancia del derecho*.

Pero uno de los precursores que no debe permanecer olvidado es Fray Alonso del Castrillo, autor del *Tratado de República, con otras historias y antigüedades* (Burgos, 1521). Alonso del Castrillo es comunista y anarquista: "Así como la natura a todos nos crió libres, así la natura a todos nos hizo iguales en la posesión del mundo." Llega a esta afirmación: La obediencia fué introducida más por fuerza y por ley impositiva que por natural justicia. "Salvo la obediencia de los hijos a los padres y el acatamiento de los menores a los mayores en edad, toda la otra obediencia es por natura injusta, *porque todos nacimos iguales y libres*." Presenta la vida de las abejas como un ideal, como un "maravilloso y alto ejemplo para poder y saber conservar la nuestra naturaleza humana, la cual, si las pisadas de las abejas siguiese, gozaría de amor y de provecho en la conversación, de descanso en la morada, de justicia en el pueblo, de concierto en la compañía... Gran envidia y vergüenza deberían haber las gentes de considerar que la prudencia y el concierto que al hombre razonable falta, sobra a un animal tan pequeño, en quien no parece que podrá caber sólo un punto de concierto. Mal se recuerdan (los hombres) de aquella propiedad de las abejas que con igual cuidado todas trabajan para todas, y en tanto que las unas trabajan no descansan las otras... Y así cerca del provecho común entre los mismos ciudadanos: allí ha de ser igual el cuidado donde ha de ser igual la vida"...

Costa dice de Alonso del Castrillo: "No ha iniciado ningún movimiento que entre por algo en la historia intelectual de España; fué una voz aislada; sus radicalismos no encontraron eco, como si hubiese sido fruto de una exaltación momentánea, en abierta contradicción con el espíritu del siglo" (*El colectivismo agrario en España*, pág. 32, segunda edición, Madrid, 1915).

Lo que llama la atención es que Alonso del Castrillo escribió en una época de revueltas populares, — la época de los comuneros de Castilla, que fueron por entonces sometidos en Villalar.

Tomás Cerdán de Tallada, un jurisconsulto del tiempo de Felipe III, escribió a fines del siglo XVI algunas obras que revelan pensamientos libertarios y sobre todo inclinaciones al comunismo; Cerdán de Tallada reconocía el *derecho a robar* en casos de necesidad para comer o vestirse; fué ese pensamiento el que hizo popular al cardenal Mannhag. El padre Mariana, en su obra *de Rege et Regis institutione* (Toledo, 1599) afirma la comunidad de los bienes diciendo que la propiedad individual es fruto de "la rabiosa codicia"; no es antiestatista, pero eso no le impide reconocer el regicidio como un derecho de los pueblos contra la tiranía.

Luis Vives, el famoso filósofo valenciano, publicó en septiembre de 1526 en Brujas su obra *De subventione Pauperum, sive de Humanis necessitatibus*, una formidable requisitoria contra las injusticias sociales, adelantando ideas atrevidas y de gran significación subversiva. Defiende la comunidad de bienes y trata de ladrones a los que se apropian de lo que pertenece a todos, como la tierra y las demás riquezas naturales. Es incomprensible que el mismo Vives de *De subventione Pauperum* fuese el que llenara unos años más tarde de insultos a los adeptos de Thomás Münzer, el rebelde apóstol alemán del comunismo.

A Vives no podríamos catalogarlo entre los precursores de la idea anárquica, pero sin embargo se encuentran en sus escritos afirmaciones como estas: "Allí donde los hombres han hecho del amor al bien y del odio al mal una segunda naturaleza, no hacen falta las leyes para vivir recta y ordenadamente; y donde, por el contrario, esos hábitos faltan, las leyes no los suplen, por muy perfectas y numerosas que sean; razón por la cual el poder público debe mirar como principal misión suya la de educar a los gobernados, mirando el manantial de donde brotan sus acciones, la interior disposición de ánimo (véase *La ignorancia del derecho*, por J. Costa).

En la propia literatura mística española se advierte un soplo libertario innegable. Según Costa, "el ideal de Fray Luis de León es una nación sin Estado, o más bien, un Estado que diríamos a la moderna "libertario", en que la gracia divina, alumbrando interiormente a las almas, hiciera veces de leyes, y donde el oficio de gobernante fuese como el del pastor"; para Fray Luis de León el oficio del pastor (*Nombres de Cristo*, Lib. I. 6, Lib. II, 2 y 3) "no consiste en dar leyes, ni poner mandamientos, sino en apacentar y alimentar a los que gobierna. Un gobierno por leyes es imperfecto, porque ellas son rígidas y de una sola manera siempre, mientras los casos a que han de aplicarse son infinitos y varían según las circunstancias." Miguel de Unamuno ha hecho resaltar ese fondo rebelde de los grandes místicos españoles.

En cuanto a escritores precursores de la tendencia de Spencer, que si no niegan decididamente el Estado, se esfuerzan por restarle atribuciones y por reducir el fárrago de la ley, en la vieja literatura social española se encuentran muchísimos; uno de ellos, del siglo XVII, Alvarez Ossorio, entre las medidas que proponía para mejorar la situación de España, está la de "quemar los libros de leyes para que no acaben con el país, reduciendo a un solo volumen las que parezcan indispensables para el buen gobierno."

He ahí materia de investigaciones para un interesante estudio que recogería los materiales para la historia de la idea de acracia en España de que habló Costa.

Otro capítulo que sería bueno recoger sería el de la influencia del anarquismo en la literatura jurídica y social de la España moderna, o al menos el reconocimiento de nuestras ideas por hombres que no han militado directamente en nuestro campo y que no se llamaron anarquistas o que luego cambiaron de ideas.

En primer lugar Pedro Dorado Montero, que ha tenido tantos puntos de contacto con nosotros, que ha colaborado en nuestras publicaciones, como *Ciencia Social de* Barcelona y *Revista Blanca*, que tradujo *El Anarquismo* de Eltzbacher, que escribió libros como el ya mencionado "*Valor social de las leyes y autoridades*", "*El derecho y sus sacerdotes*", etcétera.

Joaquín Costa, el famoso republicano, autor de *La ignorancia del derecho*, *Teoría del hecho jurídico, individual y social*, *El derecho consuetudinario de España*, donde exalta la rebeldía y menosprecia el derecho positivo. Indudablemente cualquier revolucionario sincero leerá con más provecho las obras de Costa que las de Carlos Marx, no sólo porque el primero habla al pueblo en un lenguaje comprensible, sino por el tono rebelde y liberal, por no decir libertario, de sus escritos. Lo que nos repugna a cada paso en toda la literatura socialista autoritaria — la teología del Estado — falta en Costa, no obstante su ideal estatista y su proposición del *cirujano de hierro*.

Alfredo Calderón, nombre no desconocido de los anarquistas; muchos de sus escritos se han reproducido ampliamente en nuestra prensa; Alfredo Calderón no podría ser olvidado en una historia del anarquismo en España; ha sido de los escritores libertarios más definidos.

F. Giner de los Ríos, hombre respetable por todos los conceptos, que no ha ocultado sus simpatías hacia los principios del anarquismo; sería interesante releer su artículo *Para la historia de las teorías libertarias*, (Boletín de la Institución libre de enseñanza, 1899), y su *Resumen de la filosofía del derecho*, escrito en colaboración con Alfredo Calderón (1898).

El mismo escritor católico Eduard Sanz Escartín ha merecido el título de *anarquista católico;* es autor de libros como *El Estado y la reforma social*, *El individuo y la reforma social*, donde abundan las afirmaciones puramente anarquistas. Escribió también en *La Lectura*, 1902, *La filosofía del anarquismo*.

El propio Adolfo Posada, Gumersindo de Azcárate y otros, hombres que son considerados entre los mejores exponentes del pensamiento español, han manifestado más de una vez ciertas propensiones a reconocer nuestros postulados fundamentales o al menos han intentado estudiarlos (véase el artículo de Posada *Sociología y anarquismo*, en *Literatura y problemas de sociología*, Barcelona, 1902).

Y pasando de España a la Argentina, se sabe que nuestras ideas han tenido una enorme influencia en la literatura, en el teatro, en el arte. Bastaría nombrar a Florencio Sánchez, a Barret, a Ghiraldo y a tantos otros, para demostrar hasta qué punto ha sido fecunda la inspiración de la idea de libertad. Falta un estudio detenido de ese aspecto creador de nuestras ideas en la literatura argentina o mejor dicho sudamericana. El anarquismo no sólo ocupó en la Argentina un puesto predominante en el movimiento obrero regional, sino que por un tiempo influyó toda la vida intelectual del país. Haría falta que camaradas que ya demostraran su comprensión del asunto, como Alvaro Yunque o Atalaya, se dedicaran a revelar la significación de la anarquía como inspiradora de los más altos valores de la literatura en la Argentina, o mejor aún, en América del Sur. Sería un trabajo meritorio de aquilatación de valores y susceptible de reivindicar en muchos aspectos la virtualidad de nuestro ideal.

IVAN KOLLAR

DESPERTAR

Por más que la censura, ejercida por todas las agencias noticiosas al servicio de los gobiernos, no deje transponer el mínimo número de noticias referentes a la situación en China, ellas solas bastan para hacernos comprender que el famenso pueblo asiático está desperezándose para despertar de una vez, emprendiendo una recia acción vital. Las revueltas producidas en años anteriores, poco o nada tienen que ver con la presente agitación que dura y durará hasta que logren independizarse del irritante protectorado con el cual las grandes potencias la depauperizan. No importan las mutilaciones, la desfiguración de los hechos; la verdad, tarde o temprano, se conoce, y cuanto más estuvo oculta, más terribles efectos obtendrá sobre quienes pretendieron ahogar su voz.

La verdad, o sea ciertas clases de verdades, tienen un gran parecido con la pólvora. Al aire libre, encendida, deflagra suavemente; comprimida, causa horribles estragos. La verdad es la que siempre ha de decir la palabra final.

De las pretéritas huelgas de Canton, Shangay y otros puntos, el proletariado mundial supo todo lo que le cabía conocer. Los más ínfimos detalles, refrendados por documentos fotográficos, alcanzaron una amplia divulgación. Se supo sus orígenes, las causas baladíes, y también se exhibió la inaudita ferocidad de los industriales, funcionarios, soldados, policías franceses, ingleses y japoneses. Entonces, se apelaba al fantasma rojo del comunismo, como el único incitador y el único culpable de todo. La leyenda no prosperó, y casi por nadie fué creída, ya que lo burdo de la treta era demasiado evidente.

Las agencias noticiosas, diarios y prensa en general vuelven a poner en circulación la fábula del comunismo. Se informa que los comunistas realizaron *una grandiosa* manifestación en Pekín, y esa "grandiosa" manifestación estaba compuesta de 3000 personas, quienes fueron *exaltadas por discursos contra las autoridades*. Y esos tres mil *foragidos*, según versiones oficiales, hicieron estropicios por cien mil, ya que invadieron "las residencias de once funcionarios del gobierno, incluso la de dos ministros, causando grandes perjuicios en el interior de las casas"... Después de tales *grandiosas* hazañas, la multitud se dirigió al palacio presidencial y, sin *gestos amenazantes*, exigió un gobierno popular y armas para el proletariado"...

En otro lugar del mismo diario de donde tomamos estos fragmentos de noticia, las residencias de los funcionarios se reducen a siete...

¿Qué habrá de cierto en todo esto? ¿Serán los preliminares, la preparación de una ofensiva a base de nuevas tendenciosas, para que cuando se produzca la masacre en masa, tenga su adecuada justificación?

Norte América, a pedido de la colonia estadounidense de Pekín, envió dos *destructores*, o sea, para hacerlo más comprensible: dos *torpederos*, a fin que puedan ser salvaguardados los intereses y las preciosas vidas de sus súbditos, quienes en su mayoría serán capitalistas y tenedores de acciones de las compañías, chupópteros de la sangre proletaria china. El temor los delata.

LAS FUERZAS DE LA REACCION EN ALEMANIA

LAS ORGANIZACIONES OBRERAS

Si en Alemania hubiera un proletariado en donde germinaran elementos de revolución, nos reiríamos de todo el poder del Estado nacional, provincial y departamental, nos reiríamos de la multiplicidad de los partidos políticos y de las innumerables organizaciones confluentes, nos reiríamos de la gran organización de los capitalistas industriales y agrarios, nos reiríamos de la red de organizaciones militaristas secretas que surcan todo el país; el proletariado tiene en sí, en su cualidad de productor de todas las riquezas sociales, un poder invencible. Todo el aparato de la reacción alemana sería un castillo de naipes si sus trabajadores organizados no constituyeran también parte de las fuerzas de la reacción. Cuando se derrumbó el viejo régimen de los Hohenzollern, cuando las fuerzas reaccionarias del monarquismo se sintieron impotentes para contener la ola de las reivindicaciones populares, se presentaron los sindicatos reformistas, ocho o diez millones de obreros organizados, formaron comunidades de trabajo con los capitalistas y cooperaron con la socialdemocracia en el restablecimiento del orden público y en la conservación de todas las instituciones del capitalismo y del Estado. Simbólico es en ese sentido el reconocimiento público y solemne de la labor del presidente de los sindicatos reformistas, Karl Legien, por el gran industrial Hugo Stinnes. Como se sabe, los millones ahorrados en las cajas sindicales, al estallar la guerra fueron entregados al gobierno para que pudiera cubrir más fácilmente sus créditos militares, y si la guerra fué posible, no hay que investigar sus causas en la perfección del ejército alemán ni en la avaricia de las camarillas capitalistas, sino en la cooperación de los sindicatos y de los partidos obreros. El famoso proceso de Magdeburg (comienzos de 1925), ha arrojado un poco de luz sobre la actuación de la socialdemocracia y del proletariado organizado durante la guerra. Libros enteros podrían escribirse sobre la labor archi-reaccionaria de los sindicatos obreros alemanes; no hay en Alemania, aparte de la socialdemocracia, una fuerza de resistencia a la revolución y a la educación revolucionaria de las masas tan considerable como la de los organismos proletarios. Claro está, no hablamos de las minorías sindicales que sostienen contra viento y marea sus principios de revolución y de libertad; no suman actualmente en todo el país 100.000 miembros, lo cual en resumidas cuentas tiene un valor insignificante en medio de un proletariado tan numeroso como el alemán.

Hay una frase corriente. La culpa es de los jefes, de los malos pastores, no de los simples miembros de los sindicatos. No estamos conformes. La culpa de ese estado de cosas es tanto de los trabajadores que soportan tanta indignidad como de los jefes que medran al calor de la inconsciencia de los rebaños que les siguen dóciles. Cuando hablamos del ejército, lo consideramos como un conjunto y no separamos caprichosamente los soldados de los jefes; el soldado que va al ejército y se deja embrutecer y luego dispara sus armas en la dirección que se le ordene, es tan responsable de sus actos como el oficial que lo manda. En el movimiento obrero sucede lo mismo: los trabajadores que se dejan traicionar una y mil veces por sus jefes profesionales y que sin embargo se cierran a cal y canto a todas las experiencias, son responsables de su situación lo mismo que los dirigentes.

Hay en el movimiento obrero alemán unas decenas de millares de jefes que constituyen una casta privilegiada mucho más peligrosa para la revolución que todas las castas del viejo régimen; son mucho más peligrosos, porque las castas del viejo régimen son impotentes y la casta de los dirigentes obreros tiene el poder que le presta la ignorancia y la pereza de pensamiento de las masas productoras subordinadas a su voluntad.

Los tiempos en que organización obrera y revolución se daban la mano indisolublemente están ya muy lejos; el ejemplo de Alemania que tenemos ante la vista, demuestra bien palpablemente que la organización obrera puede ser un factor inapreciable de contrarrevolución

---

Mencionemos las principales corrientes obreras reaccionarias:

Hay tres poderosas corrientes del proletariado organizado bajo la inspiración de la socialdemocracia o al menos en convivencia con ella, la Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund, la más fuerte de todas las organizaciones obreras alemanas, la Allgemeiner Freier Angestelltenbund (Afa-Bund), y la Allgemeiner Deutscher Beamtenbund.

La primera, A. D. G. B., tiene 41 Uniones nacionales de industria; véase algunas cifras de sus miembros: Unión de los mineros de Alemania, con casi 200.000 miembros; tipógrafos, 74.000, encuadernadores y afines, 56.000, ferroviarios, 220.000, obreros del campo, 180.000, metalúrgicos, 800.000, zapateros, 85.000, textiles, 586.000, obreros de la industria de las comunicaciones, 279.000, etc. En total ese organismo cuenta más de cinco millones de miembros.

La organización de los empleados (Afa-Bund) tiene catorce Uniones nacionales adheridas, una de ellas, la Zentralverband der Angestellten, tiene 223.000 miembros, otra, la de los empleados técnicos, 77.000, otra, la de los capataces, 160.000; otra, la de los empleados de banco, 28.000, la de los artistas de teatro cuenta más de 11.000 miembros, etc.

La organización de los funcionarios (Allgemeiner Deutscher Beamtenbund) tiene alrededor de 300.000 miembros en 20 Uniones nacionales, de entre las cuales hay que nombrar la Unión de bomberos, la Unión de los empleados de policía de Turingia, Unión de carceleros, etcétera.

Esos tres organismos, que llegaron a contar en 1920 con más de diez millones de miembros, están bajo la tutela socialdemócrata.

Si se conocieran las cifras de los empleados y propagandistas de esas tres organizaciones, es decir, su aparato administrativo, quedaríamos asombrados. Pero, aproximadamente, podemos asegurar que con la población que vive de esos sindicatos podría formarse una ciudad mayor que Santa Fe.

Tenemos luego los sindicatos cristianos, que forman la Deutscher Gewerkschaftbund, integrada por tres organismos nacionales: Gesamtverband der christlichen Gewerkschaften, con diez y ocho Uniones nacionales de industria; Gesamtverband Deutscher Angestellten Gewerkschaften, con 12 Uniones centrales nacionales; Gesamtverband Deutscher Beamtengewerkschaften con 21 Uniones nacionales.

Las cifras de los miembros de ese conjunto de organizaciones obreras cristianas también se cierran en los millones; por ejemplo: los obreros de la construcción de esta tendencia suman más de 40 mil miembros, los mineros más de 100 mil, obreros en madera 28.000, obreros rurales 78.000, metalúrgicos 190.000, textiles 115.000 miembros, los empleados de comercio 286.000, las empleadas de comercio y oficinas más de 100.000; a esta tendencia están adheridos, por ejemplo: los empleados de las iglesias católicas, los empleados de la policía de Prusia, los ex empleados de la corte, los empleados de la iglesia evangelista, etc.

Tenemos aún los organismos agrupados en torno a la tendencia Hirchs-Buncker, calificados de reformistas por los mismos reformistas socialdemócratas; el conjunto responde a la firma Geverkschaftsring deutscher Arbeiter-Angestellten und Beamtenverbande; el total de los miembros es de 625.000; de entre ellos, 200.000 pertenecen al Verband der deutschen Gewerkvereine, 300.000 a los empleados de esa tendencia, 50.000 a los ferroviarios, 75.000 a los funcionarios y escribientes.

Tenemos aún una tendencia patriótica, la Nationalverband Deutscher Berufsverbande, compuesta por la Liga nacional de sociedades obreras patrióticas, con cinco Uniones de oficio, la Unión de los tranviarios y de los pequeños ferrocarrileros, la Liga de obreros del campo, con cuatro Uniones nacionales y tres organizaciones profesionales, siete Uniones de empleados, etc.

Aun estamos lejos de haber terminado

Tenemos también una Unión general de las asociaciones obreras evangélicas de Alemania, que tiene en Renania-Westfalia 40.000 miembros, en Baviera 14.000, etc. etcétera.

Existe una Unión de las sociedades obreras católicas, las cuales sólo en el sur de Alemania dicen contar con más de 80.000 miembros.

Nos quedan aún diversas organizaciones, como Reichebund der hohere Meamten (Asociación nacional de funcionarios superiores), como por ejemplo: curas evangélicos, personal docente, jueces, altos empleados del Estado, etc.

La Deutscher Beamtenbund (Liga alemana de funcionarios), que tiene también una buena partida de decenas de millares de miembros.

Diversas organizaciones independientes y de pequeños organismos nacionales, como Reichsverbindung nationaler Gewerkschaften, con 25.000 miembros. Son también numerosísimas las asociaciones profesionales de médicos, boticarios, artistas, técnicos, literatos, etc.

En Alemania la organización no es una excepción, sino que abarca todos los dominios. Si eso ha podido ser hace un siglo un ideal, puede decirse que ha sido ya realizado. Pero Alemania está más lejos de la revolución que ningún otro país, porque precisamente en el proletariado ha plantado sus reales la reacción en forma de reformismo y de castración de todo pensamiento independiente.

D. Abad de Santillán

Salón de Artistas Independientes

(*Continuación*)

Sí; hemos de rectificarnos en algunas de las partes contenidas en el artículo que, antes de la inauguración de este certamen, escribiéramos para esta publicación. No debemos avergonzarnos de nuestros errores cuando los cometimos por candidez espiritual. Es que nos pareció demasiado impropio que fuera la C. N. de Bellas Artes la auspiciadora de aquellos artistas *hors-concours*: o sea obligadamente fuera de concurso por no tener cabida en el Salón Oficial. ¿Se imagina un Bouguereau — en Francia — abriendo las puertas de una sala a fin de que ingresaran los Cézanne, los Van Gohg, Seraut y otras fieras semejantes? Pues bien, esta circunstancia, y además conociendo por abrumadora experiencia que no podía contarse con un núcleo de artistas, con una escuela o tendencia de visos novadores que fuese postergada por su poderosa originalidad, nos indujo a pronunciar un juicio un poco prematuro y un si es no es aventurado. De lo cual, por cierto, no nos arrepentimos.

Meditándolo bien, no todos nuestros cargos fueron infundados. Y la actual muestra ha concluído por refrendar una buena porción de ellos. Empecemos por el contrasentido que significa el hecho que lienzos expuestos en exposiciones personales o aceptados por el Salón de primavera, figuran aquí con mera finalidad de hacer bulto y número, y el lema de artistas independientes quedará muy mal parado. Siempre los latino-americanos han de oficiar de macacos, aplicando desatinadamente rótulos y fórmulas transoceánicas a situaciones y objetos inadecuados.

Desde luego, cabe preguntarse qué rol significativo y preponderante han de jugar sobre la sensibilidad pública esta reunión de pintores, — en su mayoría aprendices y chambones — reunión que amenaza hacerse periódica y anual. ¿Educar por el contraste entre lo bueno y lo malo el gusto estético? Tampoco será factible. Porque quienes acudan a esas salas entrarán ya con el ánimo predispuesto y preparado para encontrarlo todo pésimo y risible. Imposible que el gran número de personas no ejercitadas en los *rebus* y escondrijos de las artes plásticas, pueda descubrir, entre la balumba de cuadros, algo apetecible y llevadero. Confundirán la tartamudez, lo imperfecto, que lo es por la inquietud de la búsqueda, con lo igualmente imperfecto, que lo será por una absoluta carencia de facultades artísticas.

Si como base y principio este salón efectúa una labor inocua y casi nociva, en sus detalles, no se puede negar que algún beneficio puede traer si logra entregarnos personalidades, quienes sin tener nada de innovadoras, no podían salir a la luz pública de otra manera. Por ejemplo, humildes artesanos que en los ratos domiciliarios expansionan su espíritu, pintando. Vale más esto para un obrero que la taberna y el cinema. Al contacto con la naturaleza nos hacemos más gentiles y más garbosos, precisamente cuando nos inclinamos a auscultarla en sus más recónditos estremecimientos. Desenvolveremos esta diminuta madeja, esta larva de un oscuro pensamiento, como podamos.

El error de los menestrales quienes intentaron darse a las varias disciplinas de las bellas artes, lo constituye a menudo la creencia que algún día llegarán a descollar en ellas. Esta falta de desinterés ha perdido a muchos quitándoles, quizás, una de las hondas alegrías de sus míseras existencias. Todos, absolutamente, poseemos una chispa infinitesimal de poetas y de artistas. Si le agregamos día a día una partícula de lo íntimo de nuestro ser, si vamos acumulando nuestras sensaciones, pensamientos y reflexiones, y si ensayamos repetidamente expresarlas volcándolas en el papel, en el lienzo o en el pentagrama, esa chispa infinitesimal se agrandará hasta alumbrar nuestro sendero con una nueva luz. Ello acontecerá si un supremo desinterés guía estas actividades. El pretendido fracaso barruntado en los comienzos, se tornará en un triunfo silencioso, por habernos hecho mejores, más comprensivos, más bondadosos. Y la esencial finalidad del arte no es nada más que esto: ennoblecernos por el juego armonioso de nuestras facultades.

En nuestro camino, fueron muchos quienes nos confesaban que, siendo modestos trabajadores, escribieron comedias, dramas, o pintaron cuadros, y frente a los repetidos fracasos recibidos, renunciaron a seguir ejercitando su mentalidad y su espíritu. Y su profunda y malhadada equivocación fué la de querer convertirse en profesionales del arte y hacer de éste un objeto de explotación; mezclaron a su ensueño lo espurio de sus intenciones. Cuánto mejor hubiese sido que, ante la desilusión de esos rechazos, replegándose sobre su sufrir, como enamorados que se les murió el amor en sus brazos, resolvieran continuar escribiendo, pintando para ellos solos en un afán de satisfacción interior. Si comenzaron, si se adentraron en la infinita senda de la sensibilidad, que nos lleva a encontrarnos a nosotros mismos, ¿por qué habían de volverse atrás? El día, lejano aún, ciertamente, el día que se taña el arte como un instrumento de perfeccionamiento moral, y no se lo emplee como herramienta para desenterrar desde el prosaico pan cotidiano hasta los subalternos goces, entonces habrá cesado la prostitución, el relajamiento a que llegaron las artes y casi todos los oficios y profesiones, y los hombres quizás empiecen a ser más felices. Sí; todos poseemos una chispa infinitesimal de artistas y de poetas, que confirma el refrán vulgar: *de poetas y locos todos tenemos un poco.*

Tú, menestral, obrero que en tu afición te pusiste a escribir, a pintar, a tallar un trozo de madera en una ocasión fortuita, hazlo como un recreo y como un desquite al trabajo esclavo que te obliga a ejecutar la sociedad para no perecer de hambre. ¡Quién sabe si no llegarás luego a dejar una obra mucho más personal que la que pudieron dar de sí los artistas de renombre!

En las artes plásticas existe un ejemplo glorioso: el aduanero Rousseau.

Hemos aconsejado que se pinte, se escriba en un afán de satisfacción interior. ¿No habrá algo de sobrehumano en observar estrictamente este precepto? Se pensará que es casi el postulado, *realizar una modalidad de arte para contentamiento propio*, en que — aparte del detestable narcisismo que implica — la ficción, o sea el fenómeno subjetivo, ocupa no poco lugar.

El hombre primitivo, de los dibujos rupestres, y que dejara en las cavernas muestras de su ingenio plástico, impenetrado, extraño, y cubierto, sepultado bajo todos los epítetos con los cuales el vulgo se escuda cuando el desconcierto le sume en la oscuridad de algo que no alcanza a razonarlo lógicamente, es Xul Solar. Si algún parentesco quisiéramos buscarle, a pesar de odiar aparearlo con otros, es quizás Chagall quien más se le avecina en lo característico de la fantasía intelectualizada. En ambos el color se alquitara y se esmalta por un sutilísimo proceso de imaginación cerebral.

Hay momentos en que Xul parece obedecer al influjo nebuloso de una conciencia osírica para vestir de sueño los signos que ésta le dicta, con los cuales compone esas decoraciones de tan maravillosa matización. En lo esencial de esas vistosas y nobles armonías, se desprende una atmósfera poética, que confusamente nos recuerda a los cuentistas fantásticos, los felices creadores de trasgos de brujas, de hadas y de gnomos. Grimm, Andersen y otros, quienes, al conservarse eternamente niños fueron los inventores de un deleitoso paraíso, refugio de delicias de la niñez, quien se encuentra con una flora y una fauna animada y viviente surgida del reino celestial de la fantasía.

No obstante se crea lo contrario, esas cuatro acuarelas, débil muestra del talento poético de Xul Soler, respiran el inmarcesible candor de un buen *enfant terrible*, que aun sabe deleitarse con los juguetes de sus sueños. ¿Arte meramente individualista? ¿Pero dónde está el que no adolece de este pecado original?

Declaremos desde ya: son muy pocos, excepto Xul, que quepan en la denominación de artistas independientes, en el sentido extricto de un arte renovador o novedoso en algunos de sus aspectos. Son ellos tres o cuatro nombres. Del Prete, quien presenta un tríptico, muy inferior al envío aceptado en el Salón de Primavera; Pissarro, con varios retratos, algunos muy bellos y sentidos, de coloración simpática y de fina entonación. Estas dos notas, y Juan Antonio, con sus *Figura, Ciudad, Arrabal*, son los únicos que despiertan un poderoso interés.

Advirtamos, de todos modos, que se empieza pintando a lo Del Prete y a lo Pissarro, pero nunca se sabe dónde se terminará. Más claramente: muy temprano se busca poseer una escritura personal, lo que lleva en sí el riesgo de hacerse esclavo de ella.

Juan Antonio, al contrario, con su *Ciudad*, demuestra poseer un recio y austero temperamento de artista que tiende a domesticar el color a la sensación de tristeza, de alegría o lo que sea, surgida de la realidad, y darnos así una composición de donde emana el ambiente que se trató de retratar en su conjunto. Por eso, la mentada *Ciudad* nos impresiona por su sórdida y desoladora tristeza. Es la ciudad, la siniestra ergástula de la civilización, que en los gigantescos armarios de sus edificios hacina tanta miseria, tragedias y el tedio infinito de una existencia torpemente vivida.

Esto es lo que nos sugirió el cuadro de este muchacho que no se paga de coqueterías ni frívolidades en el color y en el dibujo. Así como el escritor que le alcanzan escasos y justos adjetivos para dar forma a su idea literaria, y desdeña todo alarde retórico, este Juan Antonio evita todo lo que no concurra a la expresión de conjunto. Queda ahora por saber si este temperamento podrá enriquecerse y completarse, porque no basta el instinto ni los dones naturales para llegar a ser un valor ponderable en la esfera del arte. —At.

LOS OFICIOS

PALOTES

Se habla de Ideal.

Un sabio célebre, rico, contento de sí mismo, levanta su vista hacia el cielo-raso.

Otro sabio, desconocido, pobre, sale afuera y dirige sus ojos al cielo.

I

El Religioso (elevando sus preces) — ¡Oh, Dios!, dígnate descender hasta nosotros!...

El Pensador lo contempla sonriendo amargamente.

I I

Mucho tiempo después:

El Religioso —Oh, Dios!, dígnate descender hasta nosotros!...

El Pensador — (Coloca amigablemente una mano sobre el hombro del ya decrépito *Religioso*, y dice:) En virtud del movimiento rotativo con que Naturaleza impulsa a la Tierra, ahora nos hallamos cabeza abajo. (con voz retadora y potente:) ¡Dios, elévate hasta nosotros!...

* * *

Pasa la multitud, gesticulando... Rostros demacrados y bocas enormes y pestilentes...

Parece que tienen hambre, que sufren, que piden, que exigen algo; pero impide oírlos la cántica de los innumerables bandoleros, asesinos, ladrones y falsos apóstoles, que los encabezan y que elevan himnos a la Justicia, a la Verdad, la Igualdad, la Libertad...

ARMANDO ENEAS

ALVARO YUNQUE

LOS DOS PANES

Cuando el encargado del conventillo le dijo: 'Bueno, don Giovanni, si no pueden pagar esta pieza múdense al altillo del fondo, y así no me perjudicarán tanto", sintió el viejo que aun le ardía la sangre en las arterias. La vergüenza le sonrosó las flacas mejillas, se vió humillado, hubiese preferido que el encargado, irascible, implacable, le gritara:

—¡Mañana mismo los demando y los echo a la calle por tramposos. ¡Ya me deben cuatro meses y la ley está conmigo! ¡La ley sólo acuerda diez días después de los tres meses!...

Pero el encargado, un buen hombre placidote, no había hecho eso, terrible, sí, eso que lo hubiese llenado de dolor y de odio, pero no de esta humillación agria de que ahora rebosaba su alma indómita.

—Bueno — respondió.— Y no pudo decirle "gracias"; y arrastrando su pierna paralítica fué a comunicar la nueva a su yerno y a su hija. Se alborozaron éstos:

—Al fin es una tregua — dijo aquél.

—Y, entretanto, quizá puedas hallar trabajo — agregó ésta.

—Hoy mismo nos mudamos, ¡ya mismo! — dijo él. Y abrió un baúl para echar adentro los trapos diseminados por el cuartucho.

—¡Qué buen hombre es el encargado! ¿Le diste las gracias, papa? — preguntó ella.

El viejo se había quedado como arrumbado en un rincón, pensativo, con la cachimba apagada entre los dientes. Su hija hubo de repetirle la pregunta:

—¿Le diste las gracias papa?

—¿Las gracias?... ¿Eh?... ¿Qué?... ¿A quién?...

—¡Al encargado, pues! Demasiado bueno es con nosotros.

—¿Las gracias?... Sí, creo que sí; mejor, no sé, no sé...

Y se quedó pensativo otra vez, mudo, contemplando trajinar a la hija y a su marido, satisfechos los dos, alegres de la concesión recibida y que a él tanto lo humillaba. ¡No eran de su pasta, no, ni su hija ni su yerno! Y recordaba el viejo todo su pasado arisco; huelgas, mitines, fundaciones de bibliotecas y periódicos, refriegas con la policía, calabozos... En Italia primero, en Buenos Aires después... ¡Bah, ya estaba tan lejos todo, tan lejos! Ahora sólo era un pobre viejo tullido que ya no servía para nada, porque ya no podía subir al andamio, al que hubo subido tantos años, incansablemente. ¡Bah!... No era de su pasta su hija, no; pobre muchacha de apenas treinta años, y a la que las noches sobre la máquina de coser habían hundido el pecho y agrietado el rostro. No era de su pasta, no, Juan, su yerno, albañil como él, buen hombre manso, cuya única aspiración era poder trabajar para comer.

¡Bah!... Y el viejo reumático dió una chupada inútil a su cachimba apagada por falta de tabaco. En aquel momento se le iluminaron los ojos: había entrado Juanito, su nieto, un pillete de diez años; flaco, sucio, feo, con la greña caída sobre los ojos febriles. Y el viejo pensó para sí, como consolado: ¡Este sí es de mi pasta, este sí!

—¿Qué hacen? — preguntó el niño.

—Nos mudamos — contestó la madre, — nos mudamos al altillo del fondo. Tomá, llevá esto...

Y lo cargó con las dos únicas sillas cojas y desesteriladas.

No puedo más — había dicho aquella mañana la hija. — Me duelen mucho las espaldas.

—Acuéstate — le respondió el viejo. De todos modos...

—¿Qué?...

—Que estando levantada no vas a encontrarle trabajo a tu marido. ¡Más de lo que él busca!

—¡Pobre Juan; es desgraciado!

—¡Todos somos desgraciados, muchacha! ¡Acuéstate!...

Cuando entró Juan y vió a su mujer en el lecho, se le ensombreció más aún la mirada torva. ¡Bien sabía él lo que era aquel dolor de espaldas! ¡Aquello era hambre! Se tiró sobre una silla, dió una vuelta al cuartucho y, como distraídamente, salió de nuevo. ¡Iba decidido a traerle de comer, cualquier cosa, de cualquier manera! Y comenzó a vagar, con las manos en los bolsillos, con la gorra sobre los ojos... ¿Qué hacer? Ya era noche; por la ancha calle, los tranvías eléctricos y los automóviles cruzaban.

—¡Me tiraría bajo uno de esos!—pensó en alta voz. Mas el recuerdo de Magdalena, su mujer tan heroica y tan sufrida... ¡Oh, había que llevarle algo esa noche, forzosamente! Ese dolor de las espaldas era hambre, sólo hambre, nada más que hambre. ¡Si desde el día anterior no probaba bocado!; y débil como era... Los transeuntes pasaban junto a él; no lo mirabaa siquiera. Algunos caminaban lentamente, paseando.

—Pasean para abrirse el apetito — se murmuró Juan.

¡Abrirse el apetito! La frase le pareció estúpidamente absurda. Pero ¿hay gentes que no tienen hambre, ¡hambre!; y necesitan abrirse el apetito?

Por el cristal de un café vió hombres que bebían. Miró bien: bebían vermouth y otros aperitivos.

—¡Se abren al apetito! ¡No tienen hambre!... — murmuró Juan, dejando caer las sílabas lentamente, como para comprenderlas.

Tres obreros albañiles, con las ropas manchadas de cal, cruzaron junto a él.

—Vuelven del trabajo — pensó.

¡Volver del trabajo! ¡Qué frase más feliz le pareció ésta!

¿Por qué él no volvía también del trabajo? ¿Acaso él no quería trabajar? Y si quería trabajar, ¿por qué no encontraba dónde?

Una vidriera lo atrajo, sacándolo de sus meditaciones: la vidriera de una fonda.

Se plantó frente a ella, con las pupilas clavadas en un enorme pavo color oro, que, con las patas al aire y rodeado de lechugas, se exhibía. Más allá, sobre un gran fuego, daban vueltas diez pollos, asándose... Y se puso a leer la lista colocada en el cristal de la vidriera: fiambres, sopa de...

Bruscamente se apartó, con vergüenza de sí mismo, temeroso de que alguien adivinara su hambre.

Siguió andando... ¿Qué hacer? Pasó ante la vidriera de una joyería, mirándola al soslayo.

—¿Robar?... ¡Eh, no; antes pedir! se dijo.

¿Pedir? Y la idea de pedir se apoderó de él.

—¡Pedir, pedir limosna! — se repitió.

Y, ¿por qué no pediría, por qué? Robar no iba a robar; no cabía la idea de robar en su cerebro. ¿Trabajar? Aunque encontrase trabajo esa noche, ¿cómo llevar de comer a Magdalena esa misma noche? ¡Y era necesario llevarle algo, cualquier cosa, aunque fuese un pan!... ¡Sí, pediría!

Se arrimó contra la pared, decidido.

Pasaron algunos señores; esperaba que alguno lo mirase para hablar; pero ninguno lo miró. Ante una señora, hizo ademán de estirar la mano, y cuando ella se fijó en él, casi sorprendida, la llevó a su gorra y se la echó más sobre los ojos. Y la vergüenza lo paralizó allí, contra la pared, por un buen rato. Al fin reaccionó; el pensamiento de su mujer, adolorida allá en el altillo, lo hizo decidirse. Se acercaba un joven de simpático aspecto; y con voz temblorosa lo habló:

—Disculpe, joven...

El otro no lo dejó terminar; metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó una moneda y se la dió.

—Tomá — le dijo. — Aquí tenés para la copa...

Y se fué...

Juan con la moneda de diez centavos entre los dedos, se quedó mirándolo alejarse

—¡Me tutea! — se dijo, humillado.

—¡Me tutea y cree que le pido para beber!...

De buena gana hubiese corrido tras del otro, lo hubiese atajado... ¡Eh! ¿Y su mujer, allá en el altillo, adolorida de hambre?... Guardó la moneda y echó a andar en busca de una panadería.

Juan entró en su cuartucho casi alegre. Magdalena dormía; el padre, arrumbado en una silla, la velaba.

—¿Duerme? — contestó.

—Sí — contestó el viejo.

Es necesario despertarla, aquí le traigo de comer. — Y puso el pan sobre la mesa.

—¿Eh? — dijo Magdalena, somnolente.

—¡Que aquí te traigo de comer! ¡Pan! Un hermoso pan, todavía calentito

Y se fijó en las pupilas del viejo, clavadas en él, escrutadoras. Aquello lo irritó.

—¿Por qué me mira así? ¿Por qué me mira así usted? ¿Cree que lo he robado? ¡No lo he robado, no! ¡Lo he pedido!

—¿Pedido? — balbuceó el viejo. Y su voz quebrada tomó una inflexión dura de reproche.

Juan lo comprendió y gritó más:

—¡Sí, pedido! ¡He pedido limosna, sí! A un joven que pasaba le pedí, me dió diez centavos, compré este pan que le traigo a Magdalena. Pedí para mi mujer, para su hija, para que no sufra de hambre... ¿He hecho mal, eh?... Pero, usted, ya que tiene tanto orgullo, ¿por qué no le trae de comer?

—¡Juan! tartajeó Magdalena, suplicante.

El viejo habló:

—Si yo no digo nada, Juan; yo no digo nada. Dale el pan, dale el pan... ¿Qué he de hacer? ¡Ya me he tenido que resignar a tantas cosas! Dale el pan...

Interrumpiólo Juanito, su nieto, el que entró ruidosamente.

—¡Pan! — exclamó. E hizo sonar un dorado pan contra la mesa.

Hubo un instante de expectativa. El padre lo interrogó:

—Y esto, ¿cómo lo has conseguido?

Y el chico, desfachatadamente, lo dijo todo:

—Se lo saqué al panadero del mostrador.

—¡Robado!

—No me vió, papá; no me vió, te lo seguro...

—Pero, ¡lo has robado, lo has robado!

—No tengas miedo, papá; no me vió nadie. ¿Qué? ¿Crees que me van a llevar preso?

El chiquillo no comprendía, no podía comprender la causa de su aflicción.

Magdalena intervino:

—Bueno, déjalo, Juan; por esta vez no le digas nada. ¡Pero no lo hagas más, eh, Juanito! Es muy feo robar.

El chico insistía, sin comprender a sus padres:

Pero si no me vieron...

—Aunque no te vean; robar es muy feo, es muy malo... Juan: alcánzame el pan; comamos, coman ustedes también...

Partió el pan que su marido había comprado con la moneda que le dieron de limosna. Pero saltó el viejo Giovanni, el obrero paralítico; movía sus descarnadas manos alocadamente, como si estuviese arengando a una multitud; fosforecían le las pupilas hasta hace un segundo muertas, como si estuviese desafiando al destino; de pie, tan terrible, que daba pavor su actitud; la voz enronquecida, trémula, como si por su boca fuese a rugir toda la verdad que el dolor y el odio habían metido en la caja de su pecho rebelde, en sesenta años de labor áspera, de miseria injusta, y gritó a su hija:

—¡No, no, Magdalena! ¡Come de éste!...

Y le alargó el pan robado.

W. TCHERKESOF

Páginas de historia socialista

En 1885, cuando las ideas del "Manifiesto Comunista", no estaban extendidas entre las masas, todo el mundo trataba de bandidos y despilfarradores á los Napoleón, Moray, Persigny y otros héroes del golpe de Estado de 1852 ¿Cuáles eran las sumas gastadas por los funcionarios en esta época? Eran enormes: 241 millones por sueldos, y 30 millones por las pensiones. Desde entonces hasta el 1870, el gasto para las necesidades del parasitismo nacional fué siempre en aumento, y los hombres y los partidos de progreso no han cesado de protestar.

Pero cayó el imperio. El pueblo esperaba que la república, esta matrona tan querida, le aliviaría de estas aplastantes cargas, disminuiría el parasitismo nacional. En vano se adormeció con semejantes esperanzas. El Estado republicano se mostró aún más despilfarrador, como puede verse por la siguiente estadística:

Años	Sueldos	Pensiones
1855	241 millones	30 millones
1870	296 "	30 "
1880	440 "	47 "
1893	517 "	81 "

y el número de los funcionarios ha aumentado hasta 806.000 individuos.

Y no hay que creer que esto sea una enfermedad especial á los republicanos franceses. En Rusia, en Alemania, en Italia, en todas partes, el aumento del parasitismo es del mismo modo rápido. E igualmente acaece en los Estados Unidos, donde las pensiones á los funcionarios son la mayor carga pública y van siempre en aumento. Si se examina los gastos de administración; de la deuda nacional y de las pensiones, se obtiene para el año 1892:

Administración	100	millones de dólares
Intereses de la deuda pública	23	" "
Pensiones . .	125	" "
Total . . .	248	" "

El presupuesto por entero es de 409 millones de dollars, ó de otro modo, más de la mitad de los gastos está empleada directamente para pagar á los que nada producen.

¡Y se ensalza al Estado, que se cree poder conquistar! (*Kinder Glauben!*)

¿Pero acaso no habéis observado que el Estado no tan sólo representa el papel de protector de la explotación capitalista, sino que hasta él mismo y directamente contribuye con un tercio á esta explotación? ¡Y se predica al pueblo que es necesario dejar al Estado el monopolio absoluto de la vida económica!...

¿Qué diríais vosotros, lectores, si yo os aconsejara para la solución de la cuestión social, dejar a los capitalistas la plena libertad de arruinar al pueblo, de someteros con placer a esta miseria y al deshonor que le imponen? ¿Qué pensaríais de mi sinceridad, si yo os predicara la sumisión y la esclavitud bajo pretexto de que un día todas las riquezas acumuladas y desperdiciadas por vuestros opresores, podrían, gracias al milagro de una ley fantaseadora, convertirse en la posesión de vuestros nietos?...

Esto es precisamente lo que os predican estos señores que os cantan los beneficios del Estado, sin querer darse cuenta de su explotación en la economía de la vida social.

VIII
LA EXPLICACION MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Conocemos el valor de los "grandes descubrimientos" que Engels atribuyó a Marx y se atribuyó indirectamente; conocemos asimismo el papel de explotador y de opresor del Estado, de este Estado tan caro a los discípulos de Engels. Réstanos tan sólo estudiar el tercer descubrimiento, el de "la explicación materialista de la historia". Escuchemos antes la definición hecha por Engels. (1)

"La concepción materialista de la historia se basa en esta idea: que la producción y el cambio de los productos, valores, etc., forman el fundamento de toda organización social: en cada sociedad humana, la repartición de las riquezas y la formación de las clases ó de los estados en la sociedad son el resultado del modo de producción y de cambio practicado por la sociedad".

Esta misma idea, salvo alguna exageración en la afirmación, es justa: el modo de producción nos indica el estado de la cultura y la civilización de tal o cual sociedad, de determinado período histórico. Pero esto era conocido mucho antes de 1845 y hasta antes del 28 de noviembre de 1820, día del nacimiento de Engels. (2) Solo que a ésto lo llamaban la influencia de los factores económicos en la historia. Pero el conjunto de los factores económicos, que nosotros llamamos economismo, no es aún el materialismo. El modo de producción es solamente *un* factor, ó mejor, un elemento entre muchos otros que sirven á las generalizaciones evolucionistas, conocidas con el nombre de doctrinas materialistas. La parte no puede contener el todo; el economismo no constituye la doctrina materialista. Nosotros conocemos muchos autores que admitían la influencia de las condiciones y de las relaciones económicas sobre el desarrollo de la humanidad, y quiénes, al propio tiempo, no solamente eran idealistas y metafísicos, sino hasta deístas completos, fervientes cristianos. Ahí tenemos a Guizót que trataba la historia del antagonismo de las clases en Inglaterra en el siglo XVII, y que era un beatucho como un trapense. Ahí tenemos a Niebuhr, el gran fundador de la escuela histórica alemana, del cual Mommsen es uno de los más brillantes representantes. Niebuhr, á principios de este siglo, declaró que la leyenda de Tito-Livio sobre el origen de Roma debe ser rechazada, y que es necesario estudiar la historia según las condiciones económicas y sociales del pueblo romano. De allí arrancan los estudios clásicos sobre la legislación agraria de Licinius, Slotón y de los Gracos; de allí arrancan las minuciosas investigaciones de Mommsen... Pero Niebuhr, Mommsen y toda la escuela alemana estaban bien lejos del materialismo...

Aun más; si nos remontamos hasta el primer historiador que haya indicado la influencia de las condiciones cósmicas y económicas sobre el progreso y el desarrollo de la humanidad, si vamos a consultar a Vico (1668-1744) y su traductor francés Michelet, que a su vez insistía sobre el estado económico de la nación, nos encontramos con que no hacen mención del materialismo. Adan Smith, otro hombre de genio, fundador de la economía política, el que dió en 1776 las dos fórmulas fundamentales: (*a*) el trabajo es el único origen de la riqueza social. (*b*) y el aumento de las riquezas depende de las condiciones económicas y sociales del trabajo y de la relación entre el número de productores y el de no-productores; este modesto filósofo jamás ha pretendido el materialismo. Otro economista, Blanqui, menos profundo y menos original que A. Smith, formula en 1825, del modo siguiente el papel que representan los elementos económicos de la historia:

"No tardé en advertir que existían entre estas dos ciencias (la histórica y la economía política) relaciones de tal modo íntimas que no se puede estudiarlas la una sin la otra, ni profundizarlas separadamente... La primera suministra los hechos; *la segunda explica las causas*... Yo seguí paso a paso los grandes sucesos... Jamás ha habido sino dos partidos en frente uno de otro: el de las gentes que quieren vivir de su trabajo y el de las gentes que quieren vivir del trabajo de los demás... Patricios y plebeyos, esclavos y libertos, cuelfos y gibelinos, rojos y blancos, caballeros y peucheros liberales y serviles, no son sino una variedad de la misma especie".

La economía política *explica* las causas de los sucesos económicos, dijo Blanqui; sus contemporáneos Mignet, Agustín Thierry, etc., dicen lo mismo. En Inglaterra, J. S. Mill, en su análisis del primer volumen de la *Historia de Francia*, de Michelet, al hacer la clasificación de las escuelas históricas, define, con su habitual lucidez, que la historia como ciencia moderna, se ocupa de las causas y de las leyes sociales y cósmicas que rigen el desarrollo de la humanidad (*Dissertations et discusions*). H. T. Buckle, en la bella tentativa que hizo para retrazar la influencia de las leyes cósmicas, de las condiciones sociales y hasta de la manutención en la historia, dijo que "la acumulación de la riqueza es uno de los primeros factores, y bajo muchos aspectos, uno de los más importantes". (Pág. 38. Véase asimismo páginas 48-50-53). Un contemporáneo de Marx y Engels, pero que los desconocía por completo, T. Rogers, el autor de la gran obra *Seis siglos de trabajo y de salario*, publicó su volumen de la *Interpretación económica de la historia*, en la que analiza toda la historia de Inglaterra bajo el punto de vista económico. ¿Se puede aplicar el epíteto de materialista a ninguno de estos sabios de nacionalidad diferente? Ciertamente que no. Fueron sabios, investigadores de la verdad; aplicaron el método de las investigaciones científicas al estudio de la historia y no pudieron dar a los resultados de sus trabajos otro nombre que el de explicación económica de la historia.

¿Cómo ha sucedido, pues, que Engels, escribiendo especialmente para los trabajadores aplastados por el incesante trabajo y que no tienen el tiempo ni los medios de comprobar sus asertos, cómo sucedió que Engels llamara "materialismo" a lo que los sabios llamaron economismo? ¿Por qué, en lugar de decir a los obreros: "Amigos míos, la ciencia *toda entera* demuestra que el bienestar y el desarrollo del género humano está creado por vuestro trabajo, que el porvenir de la humanidad depende de nuestra felicidad y de las condiciones favorables a nuestra actividad productora (Smith), que, por consiguiente, es obligatorio para la clase obrera destruir *lo más pronto posible* la organización del Estado y de las clases explotadoras y opresivas ..." por que, le pregunto, en lugar de hacer una exposición científica, ha contado tantos cuentos a los bravos y honrados obreros que le creen bajo su palabra? ¿Qué resultado se obtiene con este extraño método? El de que los politicastros, hombres sin escrúpulos, que su completa ignorancia les incapacita para el menor trabajo intelectual, aprendan de memoria dos pequeños folletos de Engels y una vulgarización de Marx, y que después se las den de hombres de ciencia. Una vez enviados al Parlamento por los obreros engañados en su buena fé, declaran que jamás, antes que ellos, el socialismo tuvo representación en el Parlamento... Como si nunca hubieran existido L. Blanc, Proudhon y otros.

¡Y qué decepción para los honrados individuos cuando más tarde comprendan la mistificación de que han sido objeto!

Acuérdome de una discusión con un demócrata-social, jóven que poseía una buena instrucción y que había leído mucho, pero que, desgraciadamente, hacía algunos años que estaba sumido en la lectura de los folletos y publicaciones del partido, publicaciones *censuradas* por Engels o por Auer. Mi interlocutor me había leído con aire triunfal, como si fuese una cosa nueva y completamente "materialista", un pasaje de la polémica de Engels con el profesor Dühring.

"Salida de un origen animal, la humanidad apareció en la historia en un estado semi-salvaje: salvajes impotentes ante la naturaleza, sin ninguna idea de su propia fuerza y de sus capacidades, los hombres eran pobres y miserables como los animales, y producían poco más que estos últimos".

En lugar de responder, tomé las *Ruinas* de Volney y leí:

"En su origen, el hombre formado, desnudo de cuerpo y de espíritu se encontró arrojado al azar sobre la tierra confusa y salvaje: parecido a los demás animales, sin experiencia del pasado, sin entrever el porvenir, erró en el seno de los bosques, guiado solamente y gobernado por las afecciones de su naturaleza; por el dolor del hambre fué conducido a los alimentos;... por las intemperancias del aire deseó cubrir su cuerpo y elaboró vestidos; por la atracción de un poder potente se acercó a un ser á él parecido y perpetuó su especie". (*Las Ruines*, París, año VII de la República)

Era de ver la decepción que experimentó mi interlocutor.

Si en Volney hallan las dos palabras "salido de la animalidad", es que la obra de Darwin apareció en 1859 y Engels, aunque, como veremos más adelante, opuesto al materialismo de los naturalistas, para hacerse leer, admite la descendencia del hombre probada por ellos. Esto aparte, cualquiera diría que Engels copió a Volney... ¿Pero acaso fué Volney el iniciador de las ideas citadas? De ningún modo. Espíritu claro y talento literario poco común, propagó las ideas de *su tiempo*, y si yo cito a Volney y a Banqui, es para probar que la explicación económica no era, desde principios del siglo pasado, una concepción conocida tan sólo de los hombres de genio excepcional, sino que al contrario era una doctrina adoptada por todos los individuos esclarecidos. Y si Engels creyóse que asimilándose las ideas elaboradas y difundidas desde mucho tiempo entre la gente ilustrada, y cambiando el nombre, se convertiría en un bienhechor de la humanidad, se equivocó lastimosamente. La gloria del descubrimiento no pertenece menos a Vico y á los Enciclopedistas, á Adam Smith y a los filósofos ingleses, a Niebuhr y a la brillante escuela histórica alemana...

La ciencia no es culpable si Engels hizo una mezcla extraña de varias cosas, si amalgamó la metafísica con la ciencia, el materialismo con el economismo, y si, personaje pretencioso, se pronunció contra el materialismo de los naturalistas; el único que la ciencia afirma... Porque tan inverosimil como sea, el hecho existe, y los obreros alemanes, que han tenido la desgracia de leer los folletos de Engels, están persuadidos que la metafísica de Hegel, es la ciencia con sus sistemas de transformismo, de evolución y de monismo, mientras que la ciencia inductiva de Bacon, de Locke, de Lamarck, de Darwin y de Hemholtz sólo es metafísica. La ciencia designaba bajo el nombre de metafísica una fraseología ecolástica que predicó el absurdo de que la naturaleza y todo lo que nos rodea no es otra cosa que un reflejo de nuestras ideas innatas, y que, para conocer el mundo físico, es necesario estudiar, no la naturaleza, sino los hechos y los fenómenos sobrenaturales del espíritu; de allí derivó la palabra metafísica (*meta physika*, por encima de la física, de la naturaleza — y sea esto dicho para ilustración de los *científicos*.)

El golpe mortal a esta estupidez teológica y sobrenatural fué dado por Bacon y Locke, por Voltaire y los Enciclopedistas, y por toda la filosofía inglesa. Estos gloriosos precursores de la ciencia de nuestros días han establecido que nuestro saber, nuestras ideas, son el resultado de la observación y del estudio de la naturaleza y que, por consiguiente, es necesario estudiar la naturaleza y sus fenómenos en sus manifestaciones y en su origen según el método inductivo... ¿Sabéis lo que enseño Engels á los obreros?

"Transportado a la filosofía por Bacon y Locke, este método (concepción inductiva de la naturaleza) produjo la estrechez intelectual bien característica de los tiempos antiguos (?), y creó el método del raciocinio metafísico."

Esta afirmación de Engels, con esta otra, asimismo suya, de que las doctrinas evolucionistas y transformistas, es decir, la ciencia de los naturalistas, derivan de la filosofía de Hegel, no son ni más ni menos que flagrantes errores contrarios a toda terminología científica. Es el mismísimo Marx quien la desmiente solemnemente:

"...Denunciada y derrotada por el materialismo francés, la metafísica del siglo XVII tuvo su revancha y su renstauración en la filosofía especulativa alemana del siglo XIX. Desde que *Hegel fundó su imperio metafísico universal*, los ataques á la teología, análogos a los del siglo XVIII, se han renovado y dirigido en general contra toda filosofía especulativa, contra toda la metafísica. (K. Marx, *Sobre el materialismo francés en el siglo XVIII.*)

La ciencia no es culpable si Engels, sumido en los absurdos metafísicos, creyó, hasta 1842, que el mundo, que la naturaleza, esta bella naturaleza viviente y vivificante, era una expresión de sus ideas barrocas; ya que fué debido a esta creencia metafísica, que todo lo que veía o leía debía ser un reflejo de sus propias ideas; y que a ello es necesario atribuir su extraña manía de reivindicar la paternidad de las ideas y de los sistemas elaborados por la ciencia mucho antes de su nacimiento.

De otro modo no podríamos explicar sus pretensiones ridículas, sus expresiones muy poco *científicas*. ¿Acaso hemos de suponer que Engels no sospechaba siquiera la existencia de toda esta literatura histórica? En este caso... ¡qué extraño "jefe" de la ciencia de un partido científico!... Un ejemplo nos mostrará su manera de obrar. El ignoraba completamente que la idea principal de la doctrina atéista de Feuerbach, — la de que el hombre divinizó su propia naturaleza en la persona de los dioses — era ya cosa corriente en los filósofos y en los publicistas franceses más de medio siglo antes de la publicación de la obra de Feuerbach. En las *Ruinas* de Volney, leemos: "...Del mismo modo que el mundo del cual forma parte, el hombre está regido por leyes naturales, regulares en su curso, consecuentes en sus efectos, inmutables en su esencia (página 39). ...*No es Diós quien hizo al hombre á su imágen; fué el hombre quien hizo a Dios a la suya;* él le dió su espíritu, lo revistió de sus atributos, le prestó sus juicios" (pág. 85).

Se me dirá que Engels sabía todo esto. Sea: Pero en este caso, ¿por qué ha empleado tan mala fe y se ha esforzado tanto en crear una confusión más que deplorable en la conciencia del proletariado? Y con qué objeto desvió la opinión del lector? Seguramente que no sería en provecho del socialismo.

IX
MATERIALISMO Y ESCLAVITUD

Engels y sus muy científicos discípulos, han denunciado como *vulgar* el materialismo de los naturalistas, es decir, toda la ciencia inductiva. ¿Existe, pues, otra especie de materialismo para uso de los elegidos y de los privilegiados? Sí, declaran éstos, existe un materialismo dialéctico inventado por nosotros, y este materialismo no tiene nada de común con el de los naturalistas.

¡Materialismo dialéctico! Que monstruosidad. Y que más podemos esperar después de semejante mescolanza?... El materialismo, en nuestra época, es la mismísima ciencia inductiva. Es la base general de todo *saber* positivo, de toda la filosofía evolucionista de nuestros tiempos, y no existe otra *ciencia*, salvo la mescolanza sofística conocida con el nombre de democracia-social, que no esté basada sobre el materialismo *vulgar* de los naturalistas. Haré recordar a los sofistas de la escuela de Engels lo que en 1845 decía Marx sobre el particular:

"El materialismo (3) es hijo de Inglaterra... El verdadero *fundador del materialismo y de la ciencia inductiva* de los tiempos modernos *es Bacon*. Según él, la ciencia se compone solamente de las ciencias naturales... la ciencia es la experiencia... Inducción, análisis, observación, son los elementos principales del método racional. El movimiento es la propiedad inseparable de la materia... y la fuerza que crea hasta los seres animados... No se puede separar la idea de movimiento de la materia que la engrendra... El hombre está sometido a las mismas leyes que la naturaleza."

Hablando de la influencia de la filosofía materialista y sensualista inglesa en Francia, Marx dijo: "Se sentía en este país la necesidad de un sistema positivo y *antimetafísico*... La obra de Locke, llenó esta necesidad."

¿Cómo se comprende, pues, vuelvo a preguntar a los discípulos de Engels, que Bacon y Locke, los fundadores del "materialismo, de la ciencia inductiva y del sistema antimetafísico", sean clasificados por Engels de fundadores de la metafísica? ¿Y cómo osan decir a los obreros que existe otro materialismo diferente del de las ciencias naturales? ¿Y con qué derecho ellos, educados en la escuela reaccionaria y metafícisa de Hegel, se atribuyen la invención del materialismo, y combaten al verdadero materialismo de los naturalistas? Cómo pueden decir a los obreros que la explicación económica de la historia, elaborada por toda la ciencia, fué por ellos descubierta y que precisamente este descubrimiento es el verdadero materialismo?

A pesar de su pretensión científica, yo creo que Engels y sus discípulos han obrado así especialmente por ignorancia. Si así es, que escuchen, pues, lo que dijo un gran naturalista alemán sobre el materialismo "vulgar" de las ciencias inductivas. Tal vez de este modo aprenderán, que, las ideas de Bacon y de Locke, adopdadas por Marx, cuando ni él ni Engels aspiraban a una dictatura internacional, que estas ideas, repito, enriquecidas y desarrolladas, forman la base de toda la ciencia y de la filosofía contemporáneas.

"Nuestra concepción del monismo, o filosofía unitaria, — dijo Haeckel (4) — es excesivamente clara y no se presta a equívoco alguno. Para nosotros son igualmente inadmisibles el espíritu viviente fuera de la materia y la materia muerta; son combinados inseparablemente en cada átomo... Los elementos simples de la química analítica... son los resultados de diferentes combinaciones de un número variable de átomos primitivos... El átomo de carbono (el verdadero creador del mundo orgánico) es, según toda posibilidad, la combinación en tetraedro de cuatro átomos primitivos... Desde que nuestro globo se enfrió (según la hipótesis de Laplace) y que el vapor se condensó en agua, los átomos de carbono principiaron su actividad creatriz, se unieron con los demás elementos en combinaciones plasmódicas y capaces de desarrollo, y durante un largo período nuestro globo fué habitado solamente por los Protozoarios, ú organismos compuestos de una sóla célula... La historia de la descendencia animal nos conduce paso a paso desde los séres más primitivos, á través de los Metazoarios, hasta el hombre... Nuestro cuerpo humano fué edificado muy lentamente, poco a poco, por medio de una larga serie de antepasados vertebrados; el mismo procedimiento construyó el alma... El alma humana es simplemente la suma de nuestras sensaciones, voliciones, pensamientos, de estas funciones fisiológicas que tienen por órgano elemental las microscópicas células-ganglios de nuestro cerebro... Cada hombre de ciencia está persuadido positivamente que los protozoarios poseen asimismo un alma, y que esta alma-célula se compone de sensaciones, percepciones y voliciones, no diferenciándose las sensaciones, pensamientos y voliciones humanas más que por la cantidad de células de los protozoarios... Actualmente, sabemos en definitiva que la vida orgánica se desarrolló también en armonía con "leyes eternas", las mismas que las de la evolución del mundo orgánico, formuladas por Lyell en 1830". Hablando de la moral humana, Haeckel dijo: "Haz a los demás lo que quieras hagan contigo. Esta prescripción moral, la más elevada que se conoce, fué enseñada y adoptada durante millares de años antes de Jesucristo... Nosotros la heredamos bajo el nombre de instinto, habiéndola ya practicado entre sí nuestros antepasados los mamíferos que vivían en sociedad."

(*Concluirá*)

(1) *Todos los compiladores demócratas socialistas de todos los países declaran que la exposición de este materialismo en la historia pertenece a Engels, y que Marx formuló solamente el principio. Más adelante veremos que el autor de esta exposición algo extraña, está en contradicción con Marx. Este último, revolucionario convencido, no ha negado jamás el papel que representa la fuerza y la lucha en la historia; nunca afirmó tampoco que las ciencias inductivas "son conocidas con el nombre de metafísica."*

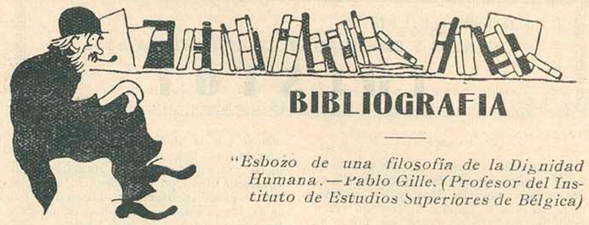
(2) *Kerkup, en su "Historia del socialismo", indica también que esta especie de materialismo era conocido antes de que Marx existiera.*

(3) *"Monismo", conferencia celebrada el 9 de octubre de 1892 en Altenburg, ante la Sociedad de Historia Natural del Este.*

(4) *Entonces, ¿por qué querer conquistar el Estado?*

Pasando Diógenes por delante de la casa de un pródigo, en que se veía el letrero: se vende, dijo: "Ya me imaginaba que después de haber comido tanto en la excesiva crápula, concluiría por vomitar hasta la casa.

Los jefes de los reinos y de las repúblicas han consignado en sus libros que el derecho de gentes es el derecho de guerra. Y han glorificado la violencia. Tributan honras a los conquistadores y yerguen estatuas al hombre y al caballo victorioso. — ANATOL FRANCE.



BIBLIOGRAFIA

"Esbozo de una filosofía de la Dignidad Humana.—Pablo Gille. (Profesor del Instituto de Estudios Superiores de Bélgica)

El haberse publicado en este Suplemento casi todos los capítulos contenidos en este libro, nos exime de un ulterior juicio crítico, que llega un poco a destiempo o bastante tarde. Ponderar los méritos y las intrínsecas cualidades de la labor que desde hace muchos años desarrolla Paul Gille, en la búsqueda de nuevos elementos para ampliar y enriquecer las ideas anarquistas, es también una tarea que le incumbirá al lector más que a nosotros, y ello lo hará después de haberse deleitado con la lectura de este volumen. Hay obras que se recomiendan solas, sin necesidad alguna de segundos y terceros padrinos. Hay obras también que tienen el poder de infundir un entusiasmo comunicativo que necesita hallar una expansión en los demás. La filosofía de Gille, a són de sus alegatos filosóficos, posee ese don de claridad y de cálida simpatía que, por reflejo, la despiertan en sus oyentes, quienes escuchan leyendo.

No es un discurso árido, mechado de citas, ya que su constante contacto con la vida y la realidad, le hace materia viviente animada por el dinamismo de las ideas.

Su reciente edición castellana hacía necesaria esta nota para anunciarlo a los que, desconociendo el idioma francés, estaban privados de poseer esta obra en toda su integridad.

No está de más se reproduzcan las proposiciones fundamentales de esta filosofía, que nos entregan un cuadro abreviado de ella:

I

El determinismo universal es una verdad; pero la libertad (relativa) y la responsabilidad (relativa) no son "ilusiones" ni un "piadoso engaño": son *hechos*, tan verdaderos como el determinismo universal y de ningún modo en contradicción con él.

No hay que confundir la libertad *relativa* y susceptible de acrecimiento, de desenvolvimiento, así considerada, con la libertad *absoluta* de los defensores del Libre Albedrío.

No hay que confundir tampoco *responsabilidad* e *imputabilidad*. Desde el Congreso de Antropología de 1889, se ha insistido suficiente y juiciosamente sobre los peligros teóricos y prácticos que resultan de la confusión de estas dos nociones, muy diferentes.

II

En realidad, el problema en suspenso es el problema, no del *determinismo*, sino del *fatalismo*. El de la naturaleza de la voluntad. La psicología del ideal es lo que está en juego. ¿No tenemos más que *la ilusión de querer*, y nuestro ideal es sólo el producto de un determinismo *exterior*, sin intervención de una espontaneidad personal, de un determinismo interno, subjetivo, irreductible al medio en no importa qué momento, con no importa qué retroceso?

Espontaneidad determinada, se nos dice. Cierto; pero, ¿es *extra o intra*-determinada? Ahí está la cuestión.

III

La concepción energética del Mundo y de la Vida, adonde tiende cada vez más la ciencia contemporánea, permite decir que, entre los diversos determinantes que contribuyen a un acto, importa no descuidar la energía personal, elemento de autonomía y de *autodeterminación*. Y tanto importa no desconocer ese potencial humano, parte personal de la energía universal, eterna, *increada*, que es el que constituye la grandeza y el progreso de nuestra humanidad y el que así fundamenta nuestras más elevadas esperanzas.

IV

Sobre la fuerza moral, en efecto, descansa y se funda la dignidad de la vida; y la fuerza moral no es más que una forma superior de la energía personal, disciplinada, guiada, afirmada y amplificada por la razón.

Se le antoja a una sociología metafísica pretender separar "lo social" de lo psicológico para ver en ello, escolásticamente, una "naturaleza" distinta. No es menos verdad que, como dice bien Leuba, "dado que los hechos sociales consisten en maneras de hacer y de pensar, es en términos psicológicos que se explicarán en último análisis" (1).

V

La voluntad, el ideal, la idea-fuerza, tienen, así, a pesar de Marx y de todos los fatalistas, un papel capital en la vida Este papel, *fisiológico*, procede de la naturaleza energética de las cosas. Todo sér animado es un foco de energía, un centro de actividad y de irradiación. El ideal es la expresión psíquica de esta potencia de expansión, que es el don innato de cada uno de nosotros.

VI

La idea, sin embargo, no es plenamente, no es hondamente una idea-fuerza sino cuando es una idea justa. El ideal no es fecundo, la voluntad no obra eficazmente, sino bajo la disciplina de la razón: razón intuitiva, primero; razón explícita, razón discursiva, después.

VII

En el hombre, por la palabra, alcanza la razón su pleno desarrollo y toma verdaderamente, con el cetro de las sociedades, la dirección de la vida.

El derecho, se ha dicho, es la verdadera moral humana. Y esta moral es hija de la razón. Ella es la disciplina — teológica, metafísica o científica — que resulta lógicamente de la concepción del Universo y de la vida que nuestra razón, más y más esclarecida, nos suministra.

VIII

Así, la sociedad humana es de esencia jurídica. Y hay que obrar por vías de derecho, si se quiere modificarla orgánicamente. La disciplina moral se prolonga en disciplina técnica.

IX

Es así cómo se impone, a los que quieren el triunfo del derecho humano, la disciplina del derecho humano.

X

Ese advenimiento del derecho humano, esa eclosión de una nueva vida, de una vida verdaderamente humana, tienen por condición primera la repudiación de *todo* absolutismo, la abolición del numerario y del Estado, la liberación, en una palabra, de la naturaleza humana, de la naturaleza social del hombre, libre de ilusiones autoritarias, libre de trabas y de intervenciones, de orden sofístico, que la comprimen, la paralizan, la falsean, la pervierten.

XI

A esta gran metamorfosis, a esta humanización de la vida, a esta transfiguración del Mundo terrestre, atañe a todos aportar su esfuerzo, por modesto que sea.

No pueden faltar a ello todos cuantos tienen el sentido de la dignidad humana, todos cuantos, sin tener un corazón altanero, poseen un alma altiva.

(1) *J. Leuba*, Sociologie et Psychologie (Revue Philosophique, *octubre* 1913, *página* 356).

P. GILLE.

PEDRO KROPOTKIN

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA

TOLSTOY

(*Continuación*)

No es este el único caso en que deba hacerse una observación semejante a propósito de la obra de Tolstoy. Su apreciación de esta o aquella acción, de tal o cual de sus héroes puede ser falsa, su filosofía puede dar lugar a dudas; pero la fuerza de su talento descriptivo y su sinceridad literaria son siempre tan grandes que a menudo hace hablar a los sentimientos y a las acciones de sus héroes contra su mismo creador y arriba a demostraciones fundamentalmente opuestas a lo que se proponía demostrar (1) Esta es probablemente la razón por la cual Turguenef y, según parece, otros literatos amigos suyos, le aconsejaban de no poner tanta filosofía en sus obras; de confiarse plenamente a su sentimiento artístico, pues de esta manera hubiese creado grandes cosas. En realidad, a pesar de su aversión por la ciencia, debo decir que cada vez que leo sus obras noto que existe semejanza entre él y el más concienzudo de los sabios, Darwin, que ponía siempre de relieve los puntos débiles de sus propias hipótesis y los mantenía ante sus propios ojos (2). Ciencia y arte verdadero no son hostiles una al otro, sino que pueden trabajar en plena armonía.

CUENTOS BREVES — "LOS COSACOS"

Muchos cuentos y novelas de Tolstoy aparecieron en los años 1857-1862 (*La tempestad de nieve*, *Los dos húsares*, *Los Cosacos*) y cada uno de éstos conquistó nuevos admiradores de su arte. El motivo del primero es insignificante, y sin embargo el cuento es una joya; trata de la peregrinación de un viajero durante una tempestad de nieve, en las llanuras de la Rusia central. La misma observación cabe a *Los dos húsares*, en la cual dos generaciones son esbozadas en pocas páginas contrastando visiblemente. En cuanto al profundamente panteísta *Tres muertos*, en el que hacen contraste la muerte de una señora rica, la de un pobre cochero y la de un abedul, es un fragmento de poesía en prosa que merece un lugar junto a las mejores poesías panteístas de Goethe, mientras que por su importancia social es ya precursor del Tolstoy posterior.

Los cosacos es un cuento autobiográfico y habla del tiempo ya recordado en las páginas precedentes, cuando Tolstoy, a los veinticuatro años, huyendo de la vida insignificante que había llevado hasta entonces, se marchó a Piatigorsk y de allí a una desierta aldea cosaca sobre las márgenes del Terek, donde cazaba en compañía del viejo cosaco Yeroska y del joven Lukaska, encontrando en el goce poético de la bella naturaleza, en la vida simple de aquellos colonos y en la muda adoración de una joven cosaca, el despertar de su maravilloso genio literario.

La publicación de este cuento en el que se nota el más verdadero rasto del genio, provocó violentas discusiones. Fué comenzado en 1852, pero no fué publicado antes de 1860, cuando toda Rusia esperaba ansiosamente los resultados del comité por la abolición de la gleba, previendo que, una vez suprimida ésta, hubiese debido comenzarse también una completa abolición de todas las viejas y corrompidas instituciones del tiempo pasado. Rusia buscaba entonces, en la civilización occidental, el impulso y el ejemplo para la gran obra de reformas. Y ¡ahí que se presenta un joven escritor que, imitando a Rousseau, se rebela contra esta civilización y predica un retorno a la naturaleza y el abandono de todas las artificiosidades que llamamos vida civil, y que en realidad no es otra cosa que una miserable substitución de la felicidad del trabajo libre en medio de una naturaleza libre. Todos conocemos hoy la idea fundamental del cuento *Los cosacos*. Es el contraste entre la vida natural de estos hijos de las praderas y la vida artificial de un joven oficial caído accidentalmente en medio de ellos. Tolstoy describe hombres fuertes, parecidos a los colonos americanos, desarrollados en las estepas al pié de las montañas del Cáucaso, en una vida arriesgada, en la que la fuerza, la resistencia y un coraje tranquilo, constituyen la primera necesidad. En medio de ellos cae uno de los productos enfermos de nuestra vida semi-intelectual de ciudad, un hombre que a cada paso se siente inferior al cosaco Lukaska. El quisiera hacer algo grande, pero no posee ni la fuerza intelectual ni la física. Aun su amor no es el sano y fuerte amor del hombre de las praderas, sino una especie de cosquilleo nervioso, que, evidentemente, no durará mucho, y que produce en la joven cosaca, solamente una parecida inquietud; la que no logra convencerla. Y cuando le habla de amor, en cuya fuerza ni él mismo cree, ella lo manda a pasear diciéndole: "¡Déjeme, fastidioso!"

Algunos quieren ver en este cuento una glorificación del estado semi-salvaje, semejante al que tanto apreciaban los escritores del siglo XVIII y especialmente Rousseau. Pero en Tolstoy no hay nada de esto, como tampoco lo había en Rousseau. Tolstoy veía solamente que en la vida de estos cosacos hay más *vitalidad*, más vigor, más fuerza que en la vida de su bien nacido héroe — y lo describe de bella manera. Su héroe — y como éste existen millares y millares — no posee ni la fuerza que se deriva de un trabajo corporal y de la lucha con la naturaleza, ni la fuerza espiritual que hubiesen debido darle la ciencia y la civilización.

Un hombre que posea verdadera fuerza intelectual no se pregunta a cada momento: "¿Tengo o no razón?" Sólo que esta fuerza tiene principios, en los cuales él tendrá razón. Lo mismo vale para la fuerza moral; ella sabe hasta qué punto puede tenerse fe. Pero, como muchos pertenecientes a la clase culta, Neklindof no posee ni una ni otra fuerza. Es un débil y Tolstoy ha puesto de relieve esta debilidad que no podía menos de producirle profunda impresión.

ACTIVIDAD PEDAGOGICA

En los años de 1859-1862 recrudeció en toda Rusia la lucha entre *padres e hijos*, que llevó a los más violentos ataques contra la joven generación, aun por parte de un escritor "objetivo" como Gonscharof — sin mencionar a Pissemski y muchos otros. Empero, no sabemos con cuál de las dos partes simpatizaba Tolstoy. Es menester decir que vivió la mayor parte de aquel tiempo en el extranjero, con su hermano mayor Nicolás, el que murió de tisis, después, en la Francia meridional. Todo lo que sabemos es que a Tolstoy le causó profunda impresión la incapacidad de la civilización occidental para dar felicidad e igualdad a las masas; y por Venguerof sabemos que Auerbach, que por aquel tiempo escribía sus cuentos sobre la selva negra, tomándolos de la vida de los campesinos, y publicaba calendarios populares, y Proudhon, que entonces vivía desterrado en Bruselas, fueron los únicos hombres eminentes a los que visitó durante sus viajes al extranjero. Tolstoy volvió a Rusia cuando se estaba liberando a los siervos de la gleba y ocupó un puesto de "Mirovoi posrednik" o sea juez de paz entre los propietarios y los siervos liberados, y estableciéndose en Yasnaia Poliana, comenzó su obra de educación a los hijos de los campesinos. Obra de carácter absolutamente independiente — es decir basada sobre principios puramente anárquicos, totalmente libre de los métodos artificiales de educación que habían sido elaborados por los pedagogos alemanes, siendo por entonces muy admirados en Rusia. En su escuela no existía ninguna especie de disciplina. En vez de elaborar programas según los cuales deben ser educados los niños, el maestro, decía Tolstoy, debe aprender de los niños mismos lo que debe enseñarles, y debe adaptar su método de enseñanza a las tendencias y capacidad individual de cada muchacho. Tolstoy aplicó este sistema a sus escolares y obtuvo excelentes resultados. A sus métodos se les ha dispensado, hasta hoy, poca atención, y solamente Morris ha propugnado — en *News from Nowhere*—la misma libertad en la educación. Pero podemos estar seguros que un día, los apuntes de Tolstoy sobre su enseñanza en Yasnaia Poliana, estudiados por un maestro inteligente, como el *Emilio* de Rousseau fué estudiado por Froebel, constituirán el punto de partida de una reforma en la educación, mucho más profunda que las de Pestalozzi y Froebel.

Hoy se sabe que a este experimento pedagógico puso fin violentamente el gobierno ruso. Durante una ausencia de Tolstoy su propiedad fué visitada por los gendarmes, los que no solamente asustaron, hasta hacerla enfermar, a una vieja tía de Tolstoy, sino que revolvieron todos los rincones de la casa, leyendo finalmente en alta voz, con cínicos comentarios, el diario íntimo que el gran escritor había llevado desde su juventud. Se le amenazó con otras pesquisas, de modo que Tolstoy pensó emigrar para siempre a Londres, e hizo saber a Alejandro II, por intermedio de la condesa A. A. Tostaia, que llevaba siempre consigo un revólver cargado para matar al primer policía que hubiese osado trasponer el umbral de su casa. De todas maneras la escuela fué cerrada.

GUERRA Y PAZ

En 1862 Tolstoy se casó con la hija de un doctor de Moscú, Ears; y estableciéndose, casi sin interrupción, en su propiedad de Tula, dedicó su tiempo en los quince o dieciseis años siguientes, a su gran obra *Guerra y Paz*, y más tarde a *Ana Karenina*. Su primera intención fué escribir (utilizando probablemente tradiciones y documentos familiares) un gran cuento histórico: *Los decabristas*, y en 1863 concluía el primer capítulo, (volumen III de sus *Obras* en ruso, Moscú 10a. edición). Pero mientras intentaba reelaborar los tipos decabristas, su pensamiento debió ser ocupado por la gran guerra de 1812. Había oído hablar tanto de ella en las tradiciones familiares de los Tolstoy y de los Volkonski, y esta guerra tenía tantos puntos de contacto con la de Crimea, que él mismo había vivido, que concibió la idea de escribir aquella gran epopeya, *Guerra y Paz*, que no existe otra igual en la literatura universal.

Una época entera, desde 1805 a 1812, está reconstruída en este libro y su importancia se debe, no al convencional punto de vista de la historia, sino tal como fué entendida por los que vieron aquella época. Toda la sociedad de aquel tiempo pasa delante del lector, desde las más altas esferas, con su atormentada ligereza, con su convencional manera de pensar y su superficialidad, hasta el más simple soldado del ejército que acogía los excesos de aquel terrible conflicto, como una especie de prueba impuesta a los rusos por una fuerza suprema, olvidándose de él y de sus sufrimientos en la vida y de los sufrimientos de las naciones.

Un elegante salón de recibo en Petersburgo, el salón de una persona admitida en la intimidad de la emperatriz viuda, el departamento de un diplomático ruso en Austria y la corte austriaca, la vida descuidada de la familia Rostof en Moscú, la casa austera del viejo general, Príncipe Bolkonski; luego la vida de campo, del cuartel general ruso y del de Napoleón, la vida íntima de un simple regimiento de húsares o de una batería de campaña, después batallas mundiales, como Schongraben, el desastre de Austerlitz, Smolensk y Borodino; el abandono y el incendio de Moscú; la vida de los prisioneros rusos tomados sin consideración durante el incendio y luego fusilados en masa, y finalmente los horrores de la retirada de Napoleón de Moscú y las guerrillas — toda esta inmensa variedad de escenas, de acontecimientos y de pequeños episodios, tejida con una novela del más hondo interés, pasa delante de nosotros mientras leemos las páginas de esta epopeya del gran conflicto entre Rusia y la Europa occidental.

Conocemos más de cien personas diferentes y cada una de ellas está tan bien pintada, cada una tiene su propia fisonomía *humana* tan bien determinada que se presenta con su especial individualidad distinguiéndose en medio de los innumerables actores del gran drama. No es fácil olvidar ni aún una de las menos interesantes de estas figuras, sea la de uno de los ministros de Alejandro I, sea la de uno de aquellos ordenanzas de los oficiales de caballería. Si hasta los anónimos oficiales de las diversas armas — el infante, el húsar, el artillero — posee su fisonomía, y aún los diversos caballos de Rostof o de Denisof tienen sus rasgos individuales relevantes. Si pensais en la variedad de caracteres humanos que pasan bajo vuestros ojos, en estas páginas, experimentais la sensación de un sinnúmero de acontecimientos históricos que os parece haber vivido de una nación entera, descompuesta por alguna calamidad; mientras que la impresión que os queda de las criaturas que se han amado en *Guerra y Paz*, y con las que se ha sufrido cuando les acaecía alguna desventura o ellas mismas contradecían a los otros (como por ejemplo, la vieja condesa Rostof y Sonia), la impresión que estas personas dejan en nosotros, cuando surgen en nuestro recuerdo, de entre la turba, da a esta muchedumbre la misma ilusión de realidad que los pequeños detalles dan a la personalidad de un héroe.

La gran dificultad de la novela histórica no estriba tanto en la presentación de figuras secundarias, como en la pintura de las grandes personalidades históricas, los primeros actores de un drama histórico, que debe ser tal que éstos traspasen el límite de los seres reales, vivientes. Y esto es lo que logró Tolstoy de modo maravilloso. Su Bagration, su Alejandro I, su Napoleón y Kutozof son hombres vivos, representados con tal realidad que se "ven" y se está tentado de tomar el pincel y pintarlos o imitar sus movimientos y su modo de hablar.

La "filosofía de la guerra" que Tolstoy ha desarrollado en *Guerra y Paz*, ha provocado, como se sabe, apasionadas discusiones y ásperas críticas; y sin embargo, no puede menos que aceptarse como justa. En realidad la reconocen como justa aquellos que conocen la guerra por personal experiencia o han podido observar las masas en sus acciones. Naturalmente, los que la conocen a través de los telegramas de los diarios y especialmente aquellos oficiales que como hecho cumplido han urdido un informe "mejorado" de la batalla, como se les ha ocurrido, y en el que ellos desempeñan una parte importante, tales individuos no aprobarán la descripción que Tolstoy ha hecho del héroe; pero basta leer, por ejemplo, lo que Moltke y Bismarck han escrito en sus cartas privadas sobre la guerra de 1870-71, o la simple y honrada pintura de algún acontecimiento histórico que conozcamos directamente, para comprender las opiniones de Tolstoy sobre la guerra y su concepción de la parte extraordinariamente limitada que toman "los héroes" en los acontecimientos históricos. Tolstoy no ha inventado al oficial de artillería Tusckin, que había sido olvidado por sus superiores en la posiciones, delante de Schongraben y que con un cuidadoso y prudente empleo de sus cuatro cañones pudo impedir durante todo el día el desastre de la retaguardia rusa: él había conocido personalmente en Sebastopol a los Tusckin. Son la verdadera fuerza vital de cualquier ejército del mundo y el éxito de un ejército depende infinitamente más del número de los Tuskines que del genio del comandante supremo. En esto están de acuerdo Tolstoy y Moltke y aquí se distinguen del mismo modo de los "corresponsales de guerra" y de las historiadores del Estado Mayor.

(*Continuará*)

---

(1) *Esto fué notado por la mayor parte de los críticos. Así Pissaref, hablando de* Guerra y Paz, *escribe:*

"Las imágenes que él creó tienen vida propia, independientemente de las intenciones del autor; entran directamente en relación con el lector, hablan por sí mismas y llevan irrevocablemente al lector a pensamientos y consecuencias que jamás existieron en las intenciones del autor, y que tampoco éste hubiese aprobado." (Obras, *IV, pág.* 420).

(2) *En la primera edición, y también en las traducciones rusa y alemana, en lugar de esta mención de Darwin, se lee la siguiente frase: "Puede errar en sus consecuencias, pero siempre es exacto en el relato de los hechos."* (Nota de la edición italiana).